

BLOGUERO

Hilda Guzmán Montelongo



Capítulo 1

BLOGUERO

Nada como la blogonáutica para ocupar sus ratos de ocio, es decir, le gustaba pasear o navegar, como se dice, de blog en blog hasta caer en alguno que lo atrapara lo bastante como para no pulsar en la lista de "mis blogs preferidos". Podía pasar noches enteras leyendo las entradas más recientes, los comentarios hechos y por supuesto, la caja del chat para darse cuenta de dónde había abloguizado. Su bloguerismo siempre se había limitado al seguimiento de toda la originalidad blogueante que se le cruzaba. Hasta que un día su conciencia blogueadora lo indujo a sentirse uno de los mejores blogólogos de la red y decidió abrir su propio espacio para unirse a sus blogorrelegionarios.

Y empezó todo: uso de las destrezas blogueras sarta de bloguerías a diario urgencia blogueadora cabeza blogotizada blogomanía abrasadora delirio bloguismos y alucinaciones, en fin, blogoadicto blogoandante indecoroso, la vergüenza familiar.

En una reunión, a la que llamó a sus familiares y amigos más cercanos, aceptó que era un blogópata y confesó sus blogomanías, dijo que ya se sentía blogueadísimo y llegó incluso a prometer que nunca más bloguearía. Todos lo escucharon atentos y los amigos le sugirieron una medida radical: no conectarse a internet para nada, así que lo mejor sería entregarles su portátil al finalizar la reunión. La familia propuso que, por las dudas, se fuera a una de esas casas de campo rusas donde todavía no se ha descubierto ni la electricidad ni el agua corriente. El blogonauta arrepentido aceptó la primera recomendación, pero no la segunda, se sentía con fuerzas suficientes para vencer la blogopatía. Sin embargo, al poco tiempo empezó a sufrir las angustiosas tentaciones de la blogopiscencia, además de que lo torturaba la idea de ser un bloguicida. Tardó una o dos semanas en dar con la solución: usar un cibercafé para organizar un sitio de ayuda mutua para los blogómanos anónimos.